

REPUBLICANOS ESPAÑOLES EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN NAZIS

1.- LA GUERRA DE ESPAÑA Y EL EXILIO FRANCÉS

El camino hacia los campos de concentración comenzó en los pueblos y las ciudades de España. Los futuros deportados, en su inmensa mayoría, se alistaron para defender la II República de la amenaza que representaba la sublevación militar liderada por Franco y respaldada por la Alemania nazi y la Italia fascista. Todos ellos pagaron un precio muy alto por unir su destino al de la joven democracia española.

La democracia francesa maltrata a los exiliados

Tras la derrota cruzaron la frontera, en febrero de 1939, formando parte del medio millón de hombres, mujeres y niños que huían camino del exilio. Las autoridades francesas les recibieron como a auténticos criminales. Después de pasar por campos de tránsito en los que se separaba a los hombres de las mujeres, la legión humana fue conducida a espacios al aire libre rodeados por alambradas y custodiados por guardias coloniales senegaleses. Casi la mitad de los refugiados fueron concentrados en las playas próximas a la frontera catalana; 80.000 en Argelès, más de 100.000 en Saint-Cyprien, 20.000 en Barcarès y otros 25.000 en Agde. El resto fue repartido entre diversos campos de la Cerdaña francesa, el Vallespir, Gurs, Vernet d'Ariège y Septfonds. Ya fuera en las arenas frente al Mediterráneo o en las zonas habilitadas en el interior, los españoles probaban, por primera vez, la dura vida de los campos de concentración.

La falta de infraestructuras, asistencia y alimentos provocó que, solo en los primeros seis meses de reclusión, perecieran al menos 14.617 refugiados españoles. Esos son los fallecimientos por hambre, frío y enfermedades que han podido documentarse. Resulta imposible saber la cifra exacta de víctimas porque fueron muchos los que murieron sin que quedara constancia alguna de su triste final. Frente a la actitud del Gobierno galo, hubo numerosos ciudadanos franceses y algunas organizaciones humanitarias y de izquierdas que se esforzaron en paliar las precarias condiciones de vida de los exiliados.

Presiones para regresar a España

El primer objetivo que buscaban las autoridades francesas era conseguir que el medio millón de exiliados cogiera sus escasas pertenencias y volviera a España. Las calamitosas condiciones de vida a las que fueron sometidos en los campos de concentración constituyeron el primer revulsivo con el que «animarles» a hacerlo. En agosto de 1939 había regresado a España la mitad del medio millón de refugiados que habían huido de las tropas franquistas durante el mes de febrero. Pese a las promesas que habían recibido de que no sufrirían represalias por su pasado republicano, muchos fueron fusilados o encarcelados nada más cruzar los Pirineos.

Los que se quedaron fueron presionados primero y obligados después a alistarse en las filas del ejército francés. El número de españoles que estuvo a las órdenes del Ministerio de la Guerra superó los 100.000. De ellos, unos 10.000 fueron enrolados en la Legión Extranjera y otras unidades militares, mientras que entre 30.000 y 35.000 hombres trabajaron en industrias de armamento, minas y tareas agrícolas. El resto, algo más de 60.000, constituyeron las llamadas Compañías de Trabajadores Españoles (CTE). Este cuerpo fue una invención del Gobierno francés para explotar laboralmente a los exiliados. Eran unidades militarizadas puesto que estaban sometidas a la disciplina castrense, dependían de los diferentes cuarteles generales y estaban dirigidas por oficiales del Ejército. Sin embargo, sus integrantes no portaban armas, vestían uniforme civil, realizaban trabajos estrictamente manuales de construcción, fortificación e incluso colaboraban en tareas agrícolas y forestales. Cada CTE estaba formada por 250 españoles: 10 oficiales, 230 trabajadores y otros 10 empleados que ejercían de peluqueros, sastres, cocineros, enfermeros y secretarios. El grupo era tutelado por unos 25 militares franceses entre los que se encontraba el comandante, su segundo oficial y 12 guardias móviles que se encargaban de vigilar a los republicanos.

2.- LA SEGUNDA GUERRA

Alistados en la Legión Extranjera o en las Compañías de Trabajadores Españoles (CTE) del Ejército francés, los españoles se preparaban para afrontar su segunda guerra. Una pequeña parte lo hacía con convicción, pensando que tenían una nueva oportunidad de derrotar al fascismo que les había arrebatado su querida República. Pero la mayoría habían sido enrolados a la fuerza. Después de que Francia hubiera negado su apoyo al Gobierno republicano durante la guerra, después del maltrato al que les habían sometido en el duro exilio, después de la complacencia que París había demostrado con Hitler... los españoles no encontraban demasiados argumentos para jugarse la vida por defender a esa nación.

Aún así, obligados y tratados más como prisioneros que como soldados, buena parte de las CTE fueron destinadas a tareas relacionadas con la defensa nacional en localidades situadas junto a la frontera con Alemania. El Alto Mando francés decidió apostar por la estrategia que tan buenos resultados le había dado en la Primera Guerra Mundial: resucitar y reforzar la línea Maginot. Unos 12.000 españoles se dedicaron a construir fortificaciones y reforzar las ya existentes a lo largo de la que debía ser una inexpugnable barrera para las tropas alemanas.

Debate francesa y captura

La estrategia francesa resultó ser un absoluto fiasco. Hitler invadió el país por el norte, a través de Las Ardenas, Bélgica y Holanda, rodeando así la línea Maginot. Los ejércitos británico y francés, concentrados en esa zona, se retiraron hacia Dunkerque. En un reducido palmo de terreno junto a las playas del mar del Norte se congregaron más de medio millón de soldados aliados. La desesperada situación provocó que Londres decidiera la evacuación naval de sus tropas en la conocida como operación Dynamo. Entre quienes trataban de huir se encontraba un número indeterminado de

republicanos alistados en la Legión Extranjera. En la zona también había seis Compañías de Trabajadores Españoles de las que formaban parte 1.500 hombres. La Royal Navy consiguió evacuar a 225.000 británicos y más de 110.000 franceses. Sin embargo, se impidió embarcar a los integrantes de las Compañías de Trabajadores Españoles al no considerarles miembros del Ejército francés. Todos ellos murieron en los combates o fueron capturados por los nazis.

El grueso de las Compañías de Trabajadores Españoles se encontraba muy lejos del frente de batalla. Durante más de treinta días, la invasión alemana apenas provocó efecto alguno en la reforzada línea Maginot. Los generales franceses, que tanto se habían preocupado en velar por su histórica barrera defensiva, comenzaban a darse cuenta de que no les iba a servir para nada. Hitler había sorteado la Línea por el norte y, tras tomar Dunkerque, dirigía a sus ejércitos hacia el sur para atacarla desde su retaguardia. La mayoría de los oficiales franceses huyeron. Los españoles, junto a miles de soldados galos, emprendieron una caótica huida hacia el este y el sur buscando alejarse de los alemanes. Hacia el 20 de junio, el grueso de ellos fue rodeado y capturado por la Wehrmacht. Solo un puñado de españoles logró escapar a Suiza. Su felicidad duró muy poco, las «neutrales» autoridades helvéticas les devolvieron a territorio francés donde fueron hechos prisioneros por los nazis.

En los stalags

Hitler envió a los centenares de miles de soldados capturados en la conquista de Francia a los *stalags* o campos de prisioneros de guerra en los que, más o menos, se cumplían las normas marcadas por la Convención de Ginebra. En este grupo se encontraban todos los españoles, ya que los alemanes les dieron el mismo trato que a los soldados franceses.

Quedaron inicialmente muy repartidos y la mayoría acabó pasando por dos o más campos. En Fallingbostel, Estrasburgo, Sagan y Altengradow es donde se concentró un mayor número de republicanos. A su llegada les fotografiaron, tomaron sus datos y les dieron un número de prisionero grabado en una pequeña placa metálica que debían llevar colgada del cuello. Allí compartieron cautiverio y condiciones de vida con soldados franceses, holandeses, belgas, británicos... Se trataba de campos para prisioneros de guerra y no de campos de concentración. Los guardianes eran soldados del ejército alemán en lugar de miembros de las temibles SS. Eran recintos en que, por lo general, se respetaba la legislación internacional que garantizaba los derechos de los cautivos. Los españoles pudieron también mantener correspondencia con sus seres queridos y recibir paquetes con ropa y comida.

De prisioneros de guerra a deportados

Aunque algunos grupos ya habían sido deportados a Mauthausen, la gran cacería de españoles en los *stalags* comenzó a finales de septiembre de 1940. Agentes de la Gestapo se presentaron en los campos de prisioneros para localizar a los republicanos. Tras ser interrogados y fotografiados, se les informó de que iban a ser enviados a Francia y puestos en libertad. Pocos se creyeron esa historia.

La realidad les dio la razón. Por ser españoles y republicanos habían dejado de ser prisioneros de guerra y su destino no era otro que el trabajo esclavo y el exterminio. En cada *stalag*, los alemanes organizaron convoyes para trasladarles a los campos de concentración de los que nunca deberían salir con vida.

3.- LOS ESPAÑOLES DEPORTADOS

¿Quiénes eran?

Todos los españoles que acabaron en los campos de concentración nazis se habían exiliado en Francia tras la victoria franquista de 1939. A partir de ahí hubo dos grupos: la mayoría de los deportados sirvieron en las filas del Ejército francés durante la Segunda Guerra Mundial, capturados por los nazis en junio de 1940, y enviados a los campos desde agosto de ese año hasta finales del siguiente; un porcentaje más reducido perteneció a la Resistencia, fueron detenidos por la policía francesa y la Gestapo y conducidos a los campos en 1942, 1943 y 1944. Existe un caso excepcional y de especial gravedad que no entra en ninguno de estos dos grupos, el llamado «convoy de los 927», formado por civiles que se encontraban refugiados en el campo de Les Alliers, junto a la ciudad francesa de Angulema, en el que había hombres, mujeres y niños (ver más datos en «Los culpables»).

¿Cuántos fueron y cuántos murieron?

Los españoles que estuvieron recluidos en los campos de concentración nazis, de los que hay constancia documental, ascienden a 9.328. De ellos murieron 5.185, sobrevivieron 3.809 y figuran como desaparecidos 334. Estos datos representan una tasa de mortalidad del 59%.

¿En qué campos estuvieron?

Mauthausen y los subcampos que dependían de él recibieron el mayor número de prisioneros españoles. En total fueron encerrados allí 7.532 hombres, mujeres y niños españoles, de los que murieron 4.816. Eso supone una tasa de mortalidad del 64%. La mayoría de estas víctimas perecieron en **Gusen**, un subcampo situado a 5 kilómetros de Mauthausen. A él fueron a parar 5.266 españoles de los que fueron asesinados 3.959.

En **Dachau** estuvieron presos, al menos, 756 españoles de los que murieron 204 y fueron dados por desaparecidos 41.

Buchenwald: 636 prisioneros españoles, 133 muertos, 126 desaparecidos y un evadido.

Ravensbrück: 172 prisioneros (la mayoría mujeres), 14 muertos.

También hubo españoles en los campos de Bergen Belsen, Auschwitz, Flossenbürg, Natzweiler, Neuengamme, Stutthof, Sachsenhausen, Gross-Rosen, Aurigny, Guernesey y Neu Bremm

¿Cuándo fueron encerrados?

Los primeros republicanos llegaron a Mauthausen el 6 de agosto de 1940. Eran 400 hombres trasladados desde el campo de prisioneros de guerra de Moosburg, cercano a la ciudad alemana de Múnich. En un plazo de poco más de un mes llegarían otros cinco convoyes cargados con cerca de 900 españoles. Desde ese momento, el flujo

prácticamente se detuvo hasta que en diciembre de 1940 comenzó el gran desembarco. Entre el 13 de diciembre y el 27 de enero llegaron más de 3.000 españoles a bordo de tres grandes transportes. Otros 1.300 lo harían entre marzo y abril. A partir de ahí, y hasta diciembre, los ingresos se redujeron notablemente y apenas llegaron 600 hombres repartidos en pequeños grupos. La gran deportación española a Mauthausen concluyó el 19 de diciembre de 1941, con la llegada del último convoy con más de 300 republicanos, procedentes del *stalag* XVII-B, situado junto a la ciudad austriaca de Krems. Desde entonces y hasta el final de la guerra seguirían entrando españoles con cuentagotas. La práctica totalidad de ellos eran miembros de la Resistencia francesa capturados por la policía francesa de Pétain y por la Gestapo.

¿Eran un colectivo claramente definido?

Los españoles acabaron en los campos de concentración por una decisión política de Franco, Hitler y Pétain. Por ello recibieron un trato diferenciado del resto de los prisioneros.

En el sistema represivo nazi, la obsesión por el orden y la catalogación les hizo crear un símbolo para diferenciar a cada grupo de prisioneros. Los judíos portaban en sus uniformes la estrella de David, mientras el resto de los presos lucía un triángulo invertido. Los delincuentes comunes lo llevaban de color verde, los presos políticos rojo, a los homosexuales se les había reservado el rosa, a los gitanos y asociales el negro, y a los testigos de Jehová y objetores de conciencia el morado. En el interior del triángulo, los prisioneros que no eran de origen alemán llevaban, además, la letra inicial de su país.

La lógica haría pensar que los españoles recibirían el triángulo rojo de prisioneros políticos, como de hecho ocurrió, años más tarde, en el resto de los campos. Sin embargo, en Mauthausen, los republicanos españoles recibieron el triángulo azul que les distinguía como apátridas. Un triángulo azul sobre el que aparecía escrita una «S» que les definía como *spanier*, es decir, como apátridas españoles. Toda una contradicción solo explicable por el deseo del régimen franquista de no reconocerles como compatriotas. En los libros de registro del campo y en la mente de los SS, esa definición era un poco más amplia: todos los recién llegados eran *rotspanier*. La explicación de por qué aquellos hombres nacidos en una nación amiga del Reich, como era España, merecían estar en ese lugar obedecía a una sencilla razón: se trataba de «rojos españoles».

¿Quiénes eran sus guardianes?

Los campos de concentración estaban en manos de los SS y no del Ejército regular alemán como ocurría en los *stalags* o campos de prisioneros de guerra. Aún así, los alemanes organizaron un sistema de vigilancia destinado a evitar, todo lo posible, el contacto con los prisioneros a los que consideraban *untermenschen*, infrahombres. Para ello dieron galones a determinados reclusos que eran realmente los encargados de mantener la disciplina en el interior del recinto y en los distintos grupos de trabajo (llamados *kommandos*). Estos presos cómplices recibían el nombre de «*kapos*» o «cabos de vara». En Mauthausen esos puestos los ocuparon, principalmente, delincuentes comunes alemanes; mientras que en Gusen, fueron prisioneros polacos. Unos y otros se caracterizaron por ser más sanguinarios que los propios SS.

¿De qué murieron?

El listado de métodos de tortura y asesinato es interminable. Los españoles perdieron la vida de todas las formas imaginables: fusilados, apaleados, gaseados, ahorcados... Sin embargo, la mayoría de ellos perecieron por un triángulo de amenazas: hambre, trabajo esclavo y unas condiciones sanitarias deplorables que provocaban todo tipo de enfermedades.

¿Cuánto tiempo pasaron allí?

A Mauthausen y sus subcampos, la mayoría de los supervivientes había llegado entre agosto de 1940 y abril de 1941. La liberación se produjo el 5 de mayo de 1945, por lo que estuvieron más de cuatro años encerrados.

Los españoles que fueron deportados por pertenecer a la Resistencia llegaron a los campos más tarde y de forma espaciada. Su estancia oscila entre uno y tres años.

4.- MAUTHAUSEN, EL CAMPO DE LOS ESPAÑOLES

En 1938, Himmler decidió construir un campo de concentración junto al pequeño pueblo de Mauthausen, en la Austria recién anexionada por el Reich. El dirigente nazi se había fijado en las productivas canteras de granito de la zona y pretendía explotar el trabajo de los prisioneros en ellas. Las piedras deberían servir para pavimentar las calles de Viena y embellecer la cercana ciudad de Linz, situada a menos de 100 kilómetros de la localidad natal del Führer.

El 8 de agosto de 1938 llegaron a Mauthausen los primeros trescientos prisioneros, procedentes del campo de concentración de Dachau. En su mayor parte se trataba de delincuentes comunes alemanes, aunque también figuraban entre ellos algunos presos políticos. Vigilados por una guarnición de ochenta SS, su primer trabajo consistió en construir las barracas de madera que servirían para su alojamiento y el de los prisioneros que irían llegando durante las siguientes semanas. Con el comienzo del nuevo año, la población de reclusos, que no paraba de crecer, comenzó a trabajar en la cantera.

El campo fue construido, paso a paso y durante años, por los propios prisioneros, por lo que la estampa que se encontraron los primeros españoles, llegados en agosto de 1940, fue radicalmente diferente a la de quienes entraron en los albores de 1942. La alambrada electricada que rodeaba el campo fue siendo sustituida, metro a metro, por muros de granito. Se erigieron nuevos edificios y se habilitaron campos anexos. Mauthausen no paró de crecer hasta el mismo momento en que fue liberado por las tropas norteamericanas.

Los subcampos de Mauthausen

Desde Mauthausen se gestionaría, con el paso de los años, una red de campos satélite que se extendió a lo largo y ancho de Austria e incluso parte de Alemania y Yugoslavia. Estos subcampos, conocidos como *kommandos*, se crearon junto a canteras, fábricas, granjas o infraestructuras en las que se requería mano de obra esclava. Contaban, generalmente, con sus barracas en las que se alojaban los prisioneros y con sistemas

de seguridad similares, aunque a menor escala, que los del «campo madre». Su tamaño variaba enormemente e iba desde grandes subcampos como Gusen o Ebensee, que llegaron a alojar más reclusos que el propio campo central, hasta pequeños *kommandos* en los que apenas trabajaba una docena de deportados. No se conoce la cifra exacta, pero superó con creces el centenar. Localidades como Steyr, Bretstein, Gunskirchen, Floridsdorf, Linz, Melk o Viena contaron con uno o varios de estos subcampos. Cada uno de ellos estaba dotado de la correspondiente guarnición de SS dispuestos no solo a vigilar, sino también a hacer la vida imposible a los prisioneros.

El universo de Mauthausen con todos sus subcampos llegó a albergar en los últimos meses de la guerra a más de 80.000 prisioneros. A lo largo de sus casi siete años de existencia, pasaron por él unos 200.000 hombres, mujeres y niños de los que 120.000 fueron asesinados de todas las maneras imaginables.

5.- ESPAÑOLAS EN LOS CAMPOS

No conocemos el número exacto de españolas que pasó por los campos de concentración nazis. En la base de datos de la Amical de Mauthausen existen 277 casos documentados de deportadas a las que se ha podido poner nombre y apellido. Las estimaciones realizadas por historiadores y expertos elevan esa cifra a un mínimo de 300 y un máximo que rondaría el medio millar. De lo que no hay duda es de que todas ellas compartieron una misma trayectoria: lucharon en la guerra de España, se exiliaron en Francia y allí se incorporaron a la Resistencia.

Su papel en la lucha contra los invasores nazis resultó determinante. Ejercieron como agentes de enlace, correos, espías y no dudaron en colocar explosivos y combatir cuerpo a cuerpo con los soldados alemanes. Lina y Pepita Molina, Neus Català, Conchita Grangé, Pilar Vázquez, Benita Guiu, Paulina Iglesias... La lista de mujeres resistentes es larga y está incompleta. Muchos de sus nombres han quedado relegados al olvido.

La mayor parte de ellas fueron detenidas y torturadas, debido a sus actividades subversivas, por la Gestapo y por la policía de la Francia colaboracionista. Pasaron meses en condiciones muy duras en cárceles como Compiègne, Fort de Romainville, Saint Michel o Loos-lez-Lille. Entre 300 y 500 fueron deportadas, finalmente, a campos de concentración. A bordo de vagones de ganado, realizaron el mismo viaje que, tres o cuatro años antes, habían recorrido los republicanos españoles capturados durante la invasión alemana de Francia. Las condiciones que padecieron en estos convoyes fueron igual o más duras que las de sus compañeros. La práctica totalidad finalizó su viaje en un frío lugar del Reich llamado Ravensbrück, el puente de los cuervos. Situado cerca de la ciudad de Fürstenberg, fue el mayor campo de concentración femenino levantado en territorio alemán. Se calcula que unas 132.000 mujeres, 20.000 hombres y 1.000 adolescentes pasaron por él. Más de 90.000 personas perdieron la vida entre sus muros. Sus guardianas eran *aufseherinnen*, miembros de la sección femenina de las SS e igual de sanguinarias que sus compañeros.

Las españolas de Ravensbrück sufrieron las mismas vejaciones y malos tratos que los republicanos de Mauthausen o Dachau. Pero, además, su condición de mujeres les provocó muchos sufrimientos añadidos. Nada más llegar al campo les inyectaron un líquido en el cuello del útero para que se les retirara la menstruación. La catalana Neus Català no volvió a tener la regla hasta 1951. Su compañera Alfonsina Bueno arrastró durante toda su vida las secuelas físicas que le provocó ese desconocido producto químico. Ambas vieron morir a muchas amigas en la mesa de operaciones de la enfermería. Ravensbrück fue uno de los lugares en que los médicos de las SS experimentaron con los prisioneros. Català explica otros métodos que los alemanes utilizaron para eliminar a sus camaradas: «Muchas murieron allí. Mi mejor amiga era una viejecita francesa que había sido miembro destacado de la Resistencia. Madame Gauville se llamaba. Siempre estaba a mi lado pero al final la mataron. Un día la tiraron al horno crematorio cuando aún estaba viva. En Ravensbrück se moría de “muerte natural” de mil maneras: por el tifus, disentería, hambre, torturas, inyecciones de bencina en el corazón o en las venas, provocando en estos casos dolores horribles; por unos polvos blancos que te adormecían para siempre jamás; por fusilamientos, destrozadas por los perros, ahorcadas, a palos, aplastadas por los vagones de mercancías o la pisonadora, ahogadas en las letrinas».

Otra amenaza que planeaba constantemente sobre las prisioneras era la de acabar en alguno de los miles de burdeles que los nazis abrieron por todo el territorio del III Reich. Desesperadas por el hambre y las durísimas condiciones del campo, algunas deportadas terminaron por ofrecerse voluntarias para intentar salvar la vida. No hay constancia de que, entre ellas, hubiera alguna española.

Quizás el mayor de los suplicios lo sufrieron las mujeres que dieron a luz en el campo o llegaron a él junto a sus bebés. Existen multitud de relatos que revelan la especial crueldad que demostraban los SS con los más pequeños. Neus Català no olvida los gritos de aquellas madres que, impotentes, asistían al asesinato de sus hijos: «A las madres que daban a luz en aquella época les ahogaban el bebé en un cubo de agua. Cuando el horno crematorio no daba más de sí, se abría una zanja, se llenaba de gasolina y se les prendía fuego. Así desapareció un gran número de niños judíos o gitanos. Las SS les hacían bajar a las zanjas, con un bombón en la mano, bajo el cínico pretexto de protegerles de un bombardeo. Alguna vez lo hacían tan cerca del campo que sus madres oían sus alaridos y se volvían locas de dolor».

Al igual que los hombres, las deportadas destacan la solidaridad como uno de los principales factores que les ayudó a salir con vida de los campos. Unidas como una piña, ayudaron a las más débiles, plantaron cara a sus guardianas e incluso realizaron acciones de sabotaje. Neus Català se especializó en inutilizar los proyectiles que manipulaba en la empresa de armamento de Holleischen en la que trabajaba: «Saboteábamos las balas que teníamos que fabricar. Unas compañeras se dedicaban a cazar moscas y después las poníamos en la zona que albergaba el detonador. Cuando no teníamos moscas, escupíamos. Estoy segura de que muchas de las cajas de balas que salían de allí nunca pudieron utilizarse. Cuando regresábamos a la barraca nos preguntábamos entre nosotras: ¿Cuántas moscas has matado hoy? “Veinte, treinta, cincuenta”. Cada mosca era una bala que no serviría para acabar con la vida de algún

compañero. Estas pequeñas cosas representaban para nosotras una gran victoria. Era peligroso y si te cogían no lo contabas, pero seguimos haciéndolo hasta el final».

Tras la liberación, si los deportados fueron «los olvidados», las mujeres quedaron relegadas a un rincón aún más marginal de nuestra historia. Desde su silla de ruedas y a punto de cumplir el siglo de vida, Neus Català afirmaba, más resignada que molesta: «No nos hemos hecho valer como los hombres. La gente no sabe que también hubo españolas en los campos de Hitler».

6.- LA RESPONSABILIDAD FRANQUISTA

¿Es posible que Franco no conociera la existencia de los campos de concentración nazis y lo que en ellos ocurría? ¿Resulta factible que Alemania enviara a miles de prisioneros españoles a Mauthausen sin el consentimiento de Madrid? ¿Pudo ignorar el Gobierno español que el Reich perseguía y exterminaba masivamente a millones de judíos, gitanos, homosexuales y disidentes políticos? La documentación existente demuestra que la respuesta es la misma para las tres preguntas: no, no y no.

El régimen franquista hizo un seguimiento constante de la suerte que corrían tanto los «rojos» que se encontraban exiliados en Francia como los miles de judíos sefardíes que eran perseguidos en toda Europa. Los servicios de seguridad español y alemán mantuvieron un intercambio de información constante y colaboraron en diversos países para perseguir a disidentes políticos. En España, la Gestapo actuó con total impunidad, mientras que en Francia colaboró con la policía franquista en la búsqueda y captura de los dirigentes republicanos que permanecían allí refugiados. La estrategia represiva y los objetivos a eliminar fueron compartidos por ambos regímenes.

Unidos desde antes de nacer

Alemania y España eran la misma cara de una única moneda y caminaban juntas en la construcción de una gran Europa fascista, limpia de comunistas, disidentes y judíos. Se trataba de una sólida relación que comenzó a forjarse años antes de que Franco ni siquiera se planteara hacerse con el poder.

En 1936 el partido nazi alemán tenía 163 sedes distribuidas por toda España. Los agentes de Hitler tendieron lazos con los políticos derechistas y con los generales que terminaron levantándose contra la República. Conocemos buena parte de sus actividades por los documentos que tuvieron que abandonar en su sede de Barcelona tras fracasar el golpe de Estado en Cataluña, en julio de 1936. Los archivos fueron requisados por las milicias republicanas y publicados, por primera vez, en 1937. Gracias a ellos sabemos que, en los meses previos a la sublevación militar, llegaron a contar con 2.500 agentes. Sus trabajos abarcaban desde el control de la prensa hasta el tráfico de armas, pasando por la distribución de propaganda y la persecución de disidentes políticos y judíos. Todo se hacía con un doble objetivo: mejorar la imagen de Alemania entre la sociedad española y conspirar contra la República.

El fracaso del golpe de Estado y, como consecuencia de ello, el inicio de la guerra, provocaron que las relaciones de Franco con la Alemania nazi pasaran de la complicidad inicial a una férrea y definitiva alianza. La ayuda logística, política y militar no hizo más que crecer durante todo el desarrollo de la guerra y resultó fundamental para el desenlace final. Franco era consciente de ello y así lo reflejó en el telegrama que envió a Hitler tras la derrota republicana: «En el Día de la Victoria, España entera se une conmigo en el recuerdo al pueblo alemán y a su Führer que tantas pruebas nos dio de afecto en los días duros de la guerra».

Por una Europa fascista

Un mes después de que la Wehrmacht se lanzara a la conquista de Francia, el Gobierno franquista cambió el estatus de España en la guerra, pasando de la neutralidad a la «no beligerancia». Se trataba de una muestra clara de su apoyo al Eje y una declaración de intenciones de cara a su inminente entrada en el conflicto bélico. Franco entregó todo el poder a su cuñado, el ministro de la Gobernación y filonazi Ramón Serrano Suñer. Si España no entró finalmente en la guerra, no fue por falta de ganas, sino por otras razones. Hitler conocía el calamitoso estado en que se encontraba el país y, especialmente, el ejército franquista. Sabía además que Franco le brindaba tropas (50.000 soldados de la División Azul), acceso a sus puertos, aeropuertos y facilitaba el trabajo de sus agentes y espías por todo el territorio español. Por ello no necesitaba la entrada formal de España en la guerra. Máxime cuando Franco reclamaba, a cambio, la entrega de territorios coloniales en el Norte de África. Una cesión que hubiera molestado a sus otros dos aliados: Pétain y Mussolini. Definitivamente para Hitler era preferible una España que «gratuitamente» actuaba como aliado bélico que tener que cargar con un nuevo miembro oficial del Eje al que tendría que ofrecer inoportunas contrapartidas. Pese a todo, Franco no perdió la esperanza de entrar en la guerra hasta 1943, momento en el que, tras las primeras derrotas alemanas, empezó a cambiar de estrategia y a coquetear con los Aliados.

La deportación de los españoles a los campos

Las principales pruebas que demuestran que Franco, Serrano Suñer y el resto de dirigentes franquistas participaron activa y pasivamente en la deportación de 9.000 españoles a los campos de concentración son:

1.- Desde el 31 de julio de 1938 la policía franquista y la Gestapo tenían suscrito un protocolo de actuación conjunta que agilizaba los procesos de extradición y el intercambio de información sobre sus comunes enemigos.

2.- En 1939 y 1940 los gobiernos alemán y español intercambiaron correspondencia en la que se reflejaba el interés de las autoridades franquistas por capturar a los líderes republicanos exiliados en la Francia ocupada. En telegramas y cartas, Madrid se «desentiende» de la suerte que pueda correr el resto de españoles que permanecían refugiados en territorio francés.

3.- Entre el 16 y el 25 de septiembre de 1940, Serrano Suñer visitó Berlín y se reunió con Hitler, Himmler y Heydrich, jefe del Departamento Central de Seguridad del Reich (RSHA). El día que el ministro de la Gobernación franquista abandonaba Alemania, Heydrich difundió una orden muy específica titulada «Tratamiento en los territorios alemanes y exteriores de los antiguos combatientes rojos españoles». En ella se decía: «Por orden del Führer (...) de entre los combatientes rojos de la guerra de España, por lo que a los súbditos españoles se refiere, procede directamente su traslado a un campo de concentración del Reich». A partir de ese momento los españoles que permanecían en campos de prisioneros de guerra, donde se respetaba la Convención de Ginebra, fueron seleccionados y enviados a los campos de la muerte.

4.- El régimen franquista tuvo información y capacidad de decisión sobre el destino de los prisioneros españoles. Cuando quiso liberar y, por tanto, salvar de la muerte a alguno de ellos, lo hizo sin el más mínimo problema.

Existe constancia de dos deportados que abandonaron Mauthausen gracias a las gestiones que Serrano Suñer realizó ante las autoridades alemanas.

5.- Especialmente llamativo fue el papel que desempeñó el Consulado español en Viena. Su responsable mantuvo una fluida comunicación con los SS responsables de Mauthausen. En los archivos alemanes se conservan los mensajes que intercambió con el campo para pedir datos sobre los prisioneros o los objetos personales de algunos fallecidos.

6.- El caso del convoy de Angulema. El 20 de agosto de 1940 se produjo la deportación a Mauthausen de 927 hombres, mujeres y niños españoles que se encontraban en el campo francés de Les Alliers, en las proximidades de Angulema. La metódica forma de actuar del régimen nazi hace difícil creer que no se informara previamente a sus amigos del Gobierno español sobre la organización de este convoy. También sería sorprendente que las autoridades francesas, que colaboraron con los alemanes en la operación, no mantuvieran a España al corriente del tema. Pétain tenía una estrecha relación personal con Franco y con el embajador español, José Félix de Lequerica.

En cualquier caso, el mismo día en que partió el tren hacia Mauthausen, la Embajada alemana en Madrid se dirigía al Ministerio de Asuntos Exteriores para hacerle el siguiente ofrecimiento: «Rogarle que comunique si el Gobierno español está dispuesto a hacerse cargo de 2000 (dos mil) españoles rojos que actualmente se hallan internados en Angoulême (Francia)». No hay constancia de que nadie respondiera a los diplomáticos alemanes. La Embajada nazi reiteró su ofrecimiento, al menos, en otras tres ocasiones con idéntico resultado. En sus cartas advertía claramente a las autoridades franquistas de que, si no hacían nada: «Las autoridades alemanas de ocupación se proponen alejar próximamente de Francia a los referidos españoles».

Cuando el convoy de Angulema llegó al campo de concentración, los oficiales de las SS se mostraron desconcertados al saber que, en su interior, había hombres, mujeres y niños. En esa época Mauthausen solo estaba preparado para recibir prisioneros varones. Este hecho provocó que el tren permaneciera detenido durante horas en la estación. No existe constancia documental de que se consultara con las autoridades franquistas, pero lo cierto es que se decidió que las mujeres y los pequeños fueran enviados hacia España. Los hombres y los niños mayores de 14 años fueron obligados a

bajar de los vagones e internados en el campo. Es muy improbable que los alemanes tomaran esta decisión, que incluía el traslado a España de una parte de los pasajeros, sin hablarlo previamente con sus aliados y amigos españoles.

El 1 de septiembre las mujeres y los niños entraron en España por la frontera de Irún y fueron interrogados por la policía franquista. Los datos que aportaron llegaron también hasta el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Por si había alguna duda, las autoridades alemanas informaron meses después al Gobierno de lo que había ocurrido con los hombres del convoy: «Eran rojos con sus familias que habían estado internados en Angulema. Los hombres, que en su tiempo habían tomado parte activa en la lucha contra el Gobierno nacional español y que se encontraban en condiciones de ser internados, fueron llevados al campo de concentración de Mauthausen». Serrano Suñer fue quien recibió esta carta, en cuyo margen escribió a través de uno de sus subordinados: «Puesto que no parece oportuno hacer nada a favor de los internados, archívese».

7.- LOS JUDÍOS QUE NO QUISO SALVAR FRANCO

Los historiadores siguen hoy debatiendo si el régimen franquista tuvo o no un comportamiento antisemita durante la Segunda Guerra Mundial. Lo que demuestran los hechos es que su actitud estuvo presidida por la indiferencia y por una desesperante pasividad. Es cierto que en España no se persiguió a los judíos y no se aplicaron las leyes discriminatorias que se impusieron en las naciones ocupadas por el Reich. También es verdad que el esfuerzo heroico de un puñado de diplomáticos franquistas permitió salvar la vida de centenares de hombres, mujeres y niños. Sin embargo, junto a esta realidad, hay otra cara mucho más terrible: Franco y su católico régimen tuvieron en su mano la posibilidad de salvar a miles y miles de judíos. Pudieron hacerlo, pero prefirieron mirar hacia otro lado.

Ideológicamente antisemitas

Durante su «cruzada» contra la República, los sublevados identificaron a la comunidad hebrea como uno de sus principales enemigos a derrotar, junto a masones y comunistas. Tras la victoria y recién iniciada la Segunda Guerra Mundial, Franco reafirmó su posición ideológica. Los discursos de los miembros del régimen y los artículos que publicaba la prensa franquista aplaudían las medidas discriminatorias y de exterminio que los alemanes aplicaban a los judíos.

De puertas afuera la palabra que definió el comportamiento del régimen ante el Holocausto fue la indiferencia; al menos hasta 1944, cuando las presiones internacionales y el convencimiento de que Hitler iba a ser derrotado le empujaron a realizar gestiones para salvar a pequeños grupos de judíos. Así lo mantienen historiadores como Bernd Rother: «España solo a regañadientes y de una manera dubitativa protegió a los judíos y limitó la protección a los judíos españoles». Rother hace esa clara diferenciación entre judíos y judíos españoles porque en ella está la clave del asunto. En 1940 se calcula que había unos nueve millones y medio de judíos viviendo en Europa. De ellos unos 4.500 tenían la nacionalidad española. Había, además, otros 175.000 de origen sefardí, descendientes de los judíos expulsados de

España, que conservaban sus tradiciones, su cultura y hablaban en una lengua muy similar al castellano antiguo. Franco, como decía el historiador alemán, se preocupó poco, tarde y mal de ayudar exclusivamente a quienes tenían la nacionalidad española; del resto se desentendió por completo.

Los principales hechos

1.- No facilitó la huida de los judíos desde Francia. El criterio de las autoridades fue tremendamente variable. Hubo momentos en que la frontera permaneció cerrada y otros en que la concesión de visados se agilizó. En términos generales, Franco permitió el paso de aquellos refugiados, judíos y no judíos, que dispusieran de un visado de entrada en Portugal. No hablamos, por tanto, de una política de acogida sino de permisos de tránsito, solo posibles gracias a la disposición portuguesa de facilitar el acceso a su territorio. De esta forma se calcula que lograron escapar del genocidio entre 30.000 y 50.000 judíos. Todos ellos pasaron por España fugazmente para después dirigirse hacia otros países. No es posible saber cuántos miles acabaron en las garras de los nazis al impedirseles franquear nuestra frontera por carecer del visado portugués o de otros requisitos que, ocasionalmente, les fueron exigidos por las autoridades españolas.

2.- Madrid pidió a su embajador en París que adoptara una «postura pasiva» cuando las autoridades alemanas de ocupación empezaron a aplicar medidas discriminatorias a los judíos españoles. Sin embargo, el régimen sí ordenó a sus diplomáticos que fueran muy combativos con sus aliados nazis para que permitieran a España hacerse cargo de los bienes de «sus judíos».

3.- En enero de 1943, en pleno exterminio de la comunidad hebrea, el Reich aprobó un decreto por el que permitía a las naciones amigas, entre ellas España, repatriar a sus judíos y, así, salvar sus vidas. Las autoridades franquistas no se mostraron interesadas en el ofrecimiento e ignoraron los plazos y los ultimátum dados por el Gobierno alemán.

4.- La consigna dada por Madrid a sus diplomáticos fue la de preocuparse solo por la suerte de los judíos «de indudable nacionalidad española». Multitud de telegramas enviados desde el Ministerio de Asuntos Exteriores demuestran la insistencia de Madrid por abandonar a los desesperados judíos que no lograban acreditar suficientemente sus orígenes españoles. Franco y sus ministros sabían que eso significaba que quienes no podían hacerlo iban a acabar en las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz. Lo sabían pero no les importó.

5.- Franco cesó a varios diplomáticos españoles por ayudar a los judíos. Los dos mejores ejemplos son Eduardo Propper de Callejón y Miguel Ángel de Muguero. Propper de Callejón, desde el Consulado en Burdeos, expidió miles de visados de tránsito para judíos que deseaban huir de Francia. Lo hizo sin el consentimiento de Serrano Suñer. El todopoderoso ministro le hizo pagar su osadía destituyéndole y destinándole a Marruecos.

Por su parte, el encargado de negocios de la Embajada de España en Budapest, Miguel Ángel de Muguiro, informó continuamente a Madrid sobre la discriminación, las amenazas y los crímenes que se perpetraban contra la comunidad hebrea de Hungría. Ante el silencio y la pasividad de su Gobierno, el diplomático emprendió por su cuenta y riesgo una serie de actuaciones encaminadas a proteger a diferentes grupos de adultos y especialmente de niños judíos. Su actuación indignó a las autoridades húngaras que protestaron formalmente ante el Ejecutivo español. Franco le destituyó fulminantemente.

6.- Los diplomáticos que salvaron a miles de judíos lo hicieron a pesar de Franco. Ángel Sanz Briz y Giorgio Perlasca en Budapest, Rolland de Miota y Alfonso Fiscowich en París, José Rojas y Julio Palencia en Bucarest o José Ruiz Santaella en Berlín realizaron heroicas actuaciones para proteger a hombres, mujeres y niños. En todos los casos se tuvieron que enfrentar al silencio, la pasividad y, muchas veces, la oposición de sus superiores.

Quizás el caso que reúne elementos más desgarradores es el que se produjo en Grecia. Entre 50.000 y 60.000 judíos de origen sefardita vivían en Salónica en el momento en que fue ocupada por las tropas alemanas. El cónsul español en Atenas, Sebastián Romero Radigales, mantuvo informado al Gobierno franquista de los planes que los nazis tenían reservados para ellos. Nuevamente el silencio, la indiferencia, las dudas y los cambios de posición de Madrid dificultaron las gestiones de los diplomáticos españoles. La orden de Franco seguía siendo la de limitarse a ayudar a los sefardíes de «indudable nacionalidad española» y desentenderse de todos los demás. Desoyendo estas instrucciones, Romero Radigales actuó por su cuenta y realizó diversas gestiones. Una de las más exitosas le permitió enviar hacia España dos convoyes con varios centenares de judíos. El desinterés de las autoridades franquistas por salvar a esas personas fue tal que «olvidaron» permitir el paso del segundo convoy por la frontera. Tras 48 horas de total abandono, el embajador español en Berlín tuvo que telegrafiar a Madrid para informarles de que, si no permitían el paso del tren, «el servicio competente alemán procederá a su inmediato transporte a campos de concentración en Polonia, de donde no podrán salir en ningún caso ni en manera alguna».

El balance final de la gestión española en Grecia ofrece dos cifras elocuentes: alrededor de 700 judíos fueron repatriados o protegidos; 48.000 sefardíes acabaron en las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau.

8.- LA VIDA DESPUÉS DE LAS ALAMBRADAS

Se calcula que más de 4.000 hombres, mujeres y niños murieron en los días que siguieron a la liberación debido a las lamentables condiciones físicas en que se encontraban. Los que estaban menos débiles tenían por fin con la oportunidad de volver a sus casas. Poco a poco, todos comenzaron a ser reclamados por los gobiernos de sus naciones de origen.

Los republicanos, sin embargo, no tenían a dónde ir. El triángulo azul con la «S» en el centro, que algunos seguían luciendo en sus uniformes rayados, simbolizaba a la perfección la situación en la que se encontraban. Eran españoles sin patria o, mejor dicho, con una patria que seguía en manos de uno de los principales aliados de Hitler.

La mayoría de ellos llevaba nueve años luchando, primero contra el fascismo en los campos de batalla y luego contra la muerte en las entrañas del sistema represivo nazi. En este largo tiempo, las calles y plazas en las que se encontraban sus hogares en Barcelona, Madrid, Córdoba o Murcia, habían dejado de existir; destruidas por la guerra o rebautizadas con los nombres de los militares golpistas.

Francia y, de nuevo, el exilio

Las buenas noticias no llegaron hasta finales de mayo. El Gobierno francés, presionado por sus deportados y por parte de la opinión pública, accedió a hacerse cargo de los republicanos. En los últimos días de ese mes y durante el arranque de junio comenzaron a ser evacuados desde Mauthausen. Su destino fue París, donde recibieron ayuda de las autoridades para comenzar una nueva vida.

A esas alturas ya eran conscientes de que los aliados no cumplirían su promesa de acabar con Franco, pero los veteranos luchadores no perdieron nunca la esperanza de regresar a una patria liberada. Muchos de ellos volvieron clandestinamente a España para luchar contra la dictadura. El resto se incorporó a los partidos democráticos que trabajaban en el exilio y formaron organizaciones para reclamar sus derechos como deportados.

No fue fácil para ellos salir adelante en la Francia de la postguerra. Los que no tenían a nadie, que eran la inmensa mayoría, se quedaron en los alrededores de la capital gala. Pierrette Sáez, viuda del deportado José Sáez Cutanda, resume la situación en que se encontraban: «Los deportados que llegan a París no tienen buena salud. Dejan detrás de ellos el infierno, pero lo conservan en su mente. No tienen casa, ni dinero, ni familia. Están completamente aislados y sin un futuro claro». La solidaridad, que ya salvó sus vidas en Mauthausen, volvió a presentarse como el mejor medio para hacer frente a tantas dificultades. Como hicieron en el campo, empezaron a compartir comida, a prestarse toda la ayuda posible... Nuevamente se apoyaron en los hombros de los compañeros más fuertes. Así consiguieron empezar de cero.

Heridas que no se cierran

Las secuelas físicas y psíquicas de su paso por el campo acompañaron durante el resto de sus vidas a los republicanos españoles. Centenares de ellos fallecieron muy jóvenes, como consecuencia de las enfermedades que arrastraban desde su cautiverio. Otros no fueron capaces de soportar los recuerdos y acabaron suicidándose. Las escenas atroces de las que habían sido testigos les acechaban durante el día y, sobre todo, por la noche. Los SS y los *kapos* resucitaban en las largas noches del exilio.

Hasta el día de su muerte, Juan Romero, un cordobés que trabajó en Mauthausen recogiendo la ropa de los deportados que llegaban al campo, siguió recibiendo cada noche a decenas y decenas de judíos indefensos: «Sueño muchas veces con ellos. Y, sobre todo con aquella niñita que me sonrió antes de que se la llevaran a la cámara de gas. Sueño con ella muy a menudo. Veo su cara... Pobrecita». Al igual que Juan, el murciano Francisco Griéguez, superados los 95 años de edad, pasaba las noches en

vela en su casa de Gardanne: «Me da más miedo ahora que cuando estuve allí, porque entonces no tenías tiempo de pensar. Pero ahora, cuando me acuerdo de donde he estado... la noche me la paso sin dormir, empiezo a sudar. ¿Qué me pasa? Sueño con Mauthausen». El amanecer, según explica el deportado malagueño José Marfil, es lo único que les devuelve la paz: «Cuando me despierto me siento feliz. He pasado toda la noche en el campo y la alegría llega cuando me levanto por la mañana y veo que no estoy allí».